

habéis oído) toda la armada, hizo Cortés una breve plática á su gente, que fué de la substancia siguiente.

Oración de Cortés á los soldados

«Cierto está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; ca el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, más se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas vituallas y todo lo al que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas paréceme que cuánto de ella tengo menos, he acrecentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen. Mucho mayor provecho, según en Dios espero, verná á nuestro rey y nación de esta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuán agradable será á Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia quanto el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará victoria; y el tiempo traerá el fin, que de continuo sigue á todo lo que se hace y guía con razón y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra

maña hemos de tener que Córdoba y Grijalba; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo, que nos da priesa. Empero allá haremos así como viéremos; y aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisiéredes llevar la esperanza por virtud ó la virtud por esperanza; y si no me dejáis, como no dejaré yo á vosotros ni á la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras á la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo.»

La entrada de Cortés en Acuzamil

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas y admiración de su persona. Y tanta gana les tomó de pasar con él á aquellas tierras apenas vistas, que les parecía ir, no á guerra, sino á victoria y presa cierta. Holgó mucho Cortés de ver la gente tan contenta y ganosa de ir con él en aquella jornada; y así, entró luego en su nao capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto; y como vió tiempo, hízose á la vela, habiendo primero oído misa y rogado á Dios le guiase aquella mañana, que fué á 18 del mes de Febrero del año de 1519 de la navidad de Jesucristo, redentor del mundo. Estando en la mar, dió nombre á todos los capitanes y pilotos, como se usa; el cual fué de San Pedro apóstol, su abogado. Avisólos que siempre tuviesen ojo á la capitana en que él iba; porque llevaba en ella un gran fa-

rol para señal y guía del camino que tenían de hacer; el cual era casi al este oeste de la punta de San Antón, que es lo postrero de Cuba, para el cabo de Cotoche, que es la primera punta de Yucatán, donde habían de ir á dar derechos, para después seguir la tierra costa á costa entre norte y poniente. La primera noche que se partió Fernando Cortés y que comenzó de atravesar el golfo que hay de Cuba á Yucatán, y que tenía pocas más de sesenta leguas, se levantó nordeste con recio temporal; el cual desrotó la flota; y así, se derramaron los navíos y corrió cada uno como mejor pudo. Y por la instrucción que llevaban los pilotos de la vía que habían de hacer, navegaron, y fueron todos, salvo uno, á la isla de Acuzamil, aunque no fueron juntos ni á un tiempo. Las que más tardaron fueron la capitana y otra en que iba por capitán Francisco de Morla, que ó por descuido y flojedad del timonero, ó por la fuerza del agua mezclada con viento, se llevó un golpe de mar el gobernalle al navío de Morla; el cual, para dar á entender su necesidad, izó un farol desparramado. Cortés, como lo vió, arribó sobre él con la capitana; y entendida la necesidad y peligro, amainó y esperó hasta ser de día, para conhortar los de aquel navío y para remediar la falta. Quiso Dios que cuando amaneció, ya la mar abonanzaba, y no andaba tan brava como la noche; y en siendo de día miraron por el gobernalle, que andaba al rededor entre las dos naves. El capitán Morla se echó á la mar atado de una sogá, y á nado tomó el timón, y lo subieron y asentaron en su lugar como había de estar; y luego alzaron velas. Navegaron aquel día y otro sin llegar á tierra ni sin ver vela alguna de la flota; mas luego á otro día llegaron á la punta de las Mujeres, donde hallaron algunos navíos. Mandóles Cortés que le siguiesen, y él enderezó la proa de su nao capitana á buscar los navíos que le faltaban hacia do el tiempo y viento los había podido echar; y así, fué á dar en Acuzamil. Halló allí los navíos que le faltaban, excepto uno, del cual no supieron en muchos días. Los de la isla

hubieron miedo; alzaron su hatillo y metiéronse en el monte. Cortés hizo salir en tierra, á un pueblo que estaba cerca de donde habían surgido, cierto número de españoles; los cuales fueron al lugar, que era de cantería y buenos edificios, y no hallaron persona en él; mas hallaron en algunas casas ropa de algodón y ciertas joyas de oro. Entraron asimismo en una torre alta y de piedra, y junto á la mar, pensando que hallarian dentro hombres y hacienda; mas ella no tenía sino dioses de barro y canto. Vueltos que fueron, dijeron á Cortés cómo habían visto muchos maizales y praderías, grandes colmenares y arboledas y frutales; y diéronle aquellas cosillas de oro y algodón que traían. Alegróse Cortés con aquellas nuevas, aunque por otra parte se maravilló que hubiesen huído los de aquel pueblo, pues no lo habían hecho cuando allí vino Juan de Grijalba, y sospechó que por ser más sus navíos que los del otro tenían más miedo. Temió también no fuese ardid para tomarle en alguna zalagarda; y mandó sacar á tierra los caballos á dos efectos: para descubrir el campo con ellos, y pelear, si necesario fuese; y si no, para que paciesen y se refrescasen, pues había donde. También hizo desembarcar la gente, y envió muchos á buscar la isla; y ciertos de ellos hallaron en lo muy espeso de un monte cuatro ó cinco mujeres con tres criaturas, que le trajeron. No entendía ni las entendían; pero por los ademanes y cosas que hacían conocieron cómo la una de ellas era señora de las otras, y madre de los niños. Cortés la halagó entonces; que lloraba su cautiverio y el de sus hijos. Vistióla, como mejor pudo, á la manera de acá; dió á las criadas espejos y tijeras, y á los niños sendos dijes con que se holgasen. En lo demás tratóla honestamente. Tras esto, ya que quería enviar una de aquellas mozas á llamar al marido y señor para hablarle y que viese cuán bien tratados estaban sus hijos y mujer, llegaron ciertos isleños á ver lo que pasaba, por mandado del Calachuni, y á saber de la mujer. Dióles Cortés algunas cosillas de rescate para sí, y otras

para el Calachuni, su señor. Tornólos á enviar para que le rogasen de su parte y de la mujer que viniese á verse con aquella gente, de quien sin causa huía; que él le prometía que ni persona ni casa de la isla recibiría daño ni enojo de aquellos sus compañeros. El Calachuni, como entendió esto, y con el amor de los hijos y mujer, se vino luego otro día con todos los hombres del lugar, en el cual estaban ya muchos españoles aposentados; mas no consintió que se saliesen de las casas, antes mandó que los reparatiesen entre sí, y los proveyesen muy bien de allí adelante de mucho pescado, pan, miel y frutas. El Calachuni habló á Cortés con grande humildad y ceremonias; y así fué muy bien recibido y amorosamente tratado; y no sólo le mostró Cortés por señas y palabras la buena obra que españoles le querían hacer, mas aun por dádivas; y así, le dió á él y á otros muchos de aquellos suyos cosas de rescate; las cuales, aunque entre nosotros son de poco valor, ellos las estiman mucho y tienen en más que al oro, tras que todos andaban.

Allende de esto, mandó Cortés que todo el oro y ropa que se había tomado en el pueblo lo trujesen ante sí; y allí conoció cada isleño lo que suyo era, y se le volvió; de que no poco quedaron contentos y maravillados. Aquellos indios fueron, muy alegres y ricos con las cosillas de España, por toda la isla á mostrarlas á los otros, y á mandarles de parte del Calachuni que se tornasen á sus casas con sus hijos y mujeres seguramente y sin miedo, por cuanto aquella gente extranjera era buena y amorosa. Con estas nuevas y mandamiento se volvió cada uno á su casa y pueblo, que también otros se habían ido como los de éste, y poco á poco perdieron el miedo que á los españoles tenían. Y por esta manera estuvieron seguros y amigos, y proveyeron abundantemente nuestro ejército todo el tiempo que en la isla estuvo, de miel y cera, de pan, pescado y fruta.

Que los de Acuzamil dieron nuevas á Cortés de Jerónimo de Aguilar

Como Cortés vió que estaban asegurados de su venida, y muy domésticos y serviciales, acordó de quitarles los ídolos, y darles la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y la imagen de su gloriosa Madre y virgen santa María; y para esto hablóles un día por la lengua que llevaba, la cual era un Melchor que llevara Francisco Hernández de Córdoba. Mas como era pescador, era rudo, ó mas de veras simple, y parecía que no sabía hablar ni responder. Todavía les dijo que les quería dar mejor ley y Dios de los que tenían. Respondieron que mucho enhorabuena. Y así los llamó al templo, hizo decir misa, quebró los dioses, y puso cruces é imágenes de nuestra Señora, lo cual adoraron con devoción; y mientras allí estuvo no sacrificaron como solían. No se hartaban de mirar aquellos isleños nuestros caballos ni naos; y así, nunca paraban, sino ir y venir; y aun tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban á tentarlos, y hacían señas con las manos hacia Yucatán, que estaban allá cinco ó seis hombres barbudos, muchos soles había. Fernando Cortés, considerando cuánto le importaría tener buen faraute para entender y ser entendido, rogó al Calachuni le diese alguno que llevase una carta á los barbudos que decían. Mas él no halló quien quisiese ir allá con semejante recado, de miedo del que los tenía, que era gran señor y cruel; y tal, que sabiendo la embajada, mandaría matar y comer al que la llevase. Viendo esto Cortés, halagó tres isleños que andaban muy serviciales en su posada. Dióles algunas cosillas, y rogóles que fuesen con la carta. Los indios se excusaron mucho de ello, que tenían por cierto que los matarían. Mas en fin, tanto pudieron ruegos y dádivas, que prometieron

de ir. Y así, escribió luego una carta que en suma decía:

«Nobles señores: yo partí de Cuba con once navíos de armada y con quinientos y cincuenta españoles, y llegué aquí á Acuzamil, de donde os escribo esta carta. Los de esta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco ó seis hombres barbudos y en todo á nosotros muy semejables. No me saben dar ni decir otras señas; mas por éstas conjeturo y tengo por cierto que sois españoles. Yo y estos hidalgos que conmigo vienen á descubrir y poblar estas tierras, os rogamos mucho que dentro de seis días que recibíredes ésta, os vengáis para nosotros, sin poner otra dilación ni excusa. Si viniéredes todos, conoceremos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada. Un bergantín envío para en que vengáis, y dos naos para seguridad.—*Fernando Cortés.*»

Escrita ya la carta, hallóse otro inconveniente para que no la llevasen; y era, que no sabían cómo llevarla encubiertamente para no ser vistos ni barruntados por espías, de que los indios temían. Entonces Cortés acordóse que iría bien, envuelta en los cabellos de uno; y así, tomó al que parecía más avisado y para más que los otros, y atóle la carta entre los cabellos, que de costumbre los traen largos, á la manera que se los atan ellos en la guerra ó fiestas, que es como trenzado en la frente. Del bergantín en que fueron estos indios iba capitán Juan de Escalante; de las naves Diego de Ordás, con cincuenta hombres para si menester fuese. Fueron estos navíos, y Escalante echó los indios en tierra en la parte que le dijeron. Esperaron ocho días, aunque les avisaron que no los esperarían sino seis, y como tardaban, cuidaron que los habrían muerto ó cautivado, y tornáronse á Acuzamil sin ellos; de que mucho pesó á todos los españoles, en especial á Cortés, creyendo que no era verdad aquello de los de las barbas, y que tenían falta de lengua. Entre tanto que todas estas cosas pasaban, se repararon los navíos del daño que habían recibido con el temporal pasado, y se pusieron á pique;

y así, se partió la flota en llegando el bergantín y las dos naos.

Venida de Jerónimo Aguilar á Fernando Cortés

Muchó les pesaba, á lo que mostraron, la partida de los cristianos á los isleños, especial al Calachuni; y cierto á ellos se les hizo buen tratamiento y amistad. De Acuzamil fué la flota á tomar la costa de Yucatán, á do es la punta de las Mujeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés para ver la disposición de la tierra y la manera de la gente. Mas no le contentó. Otro día siguiente, que fué Carnestolendas, oyeron misa en tierra, hablaron á los que vinieron á verlos, y embarcados, quisieron doblar la punta para ir á Cotoche, y tentar qué cosa era. Pero antes que la doblasen, tiró la nao en que iba el capitán Pedro de Alvarado, en señal de que corría peligro. Acudieron allá todos á ver qué cosa era; y como Cortés entendió que era un agua que con dos bombas no podían agotar, y que si no fuese tomando puerto, que no se podía remediar, tornóse á Acuzamil con toda la armada. Los de la isla acudieron luego á la mar muy alegres á saber qué querían ó qué se habían olvidado; y los nuestros les contaron su necesidad, y se desembarcaron, y remediaron el navío. El sábado luego siguiente se embarcó la gente toda, salvo Fernando Cortés y otros cincuenta. Revolvió entonces el tiempo con grande viento y contrario; y así, no se partieron aquel día. Duró aquella noche la furia del aire; mas amansó con el sol, y quedó la mar para poder embarcar y navegar; pero por ser el primer domingo de Cuaresma, acordaron de oír misa y comer primero. Estando Cortés comiendo, le dijeron cómo atravesaba una canoa á la vela, de Yucatán para la isla, y que venía derecha hacia do las naves estaban surtas. Salió él á mirar adónde iba; y como vió que se des-

viaba algo de la flota, dijo á Andrés de Tapia que fuese con algunos compañeros á ella, orilla del agua, encubiertos, hasta ver si salían los hombres á tierra; y si saliesen, que se los trajesen. La canoa tomó tierra tras una punta ó abrigo, y salieron de ella cuatro hombres desnudos en carnes, sino era sus vergüenzas, los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como mujeres, y con muchas flechas y arcos en las manos; tres de los cuales hubieron miedo cuando vieron cerca de sí á los españoles, que habían arremetido á ellos para tomarlos, las espadas sacadas; y querían huir á la canoa. El otro se adelantó, hablando á sus compañeros en lengua que los españoles no entendieron, que no huiesen ni temiesen; y dijo luego en castellano: «Señores, ¿sois cristianos?» Respondieron que sí, y que eran españoles. Alegróse tanto con tal respuesta, que lloró de placer. Preguntó si era miércoles, ca tenía unas horas en que rezaba cada día. Rogóles que diesen gracias á Dios; y él hincóse de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oración á Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le hacía en sacarlo de entre infieles y hombres infernales, y ponerle entre cristianos y hombres de su nación. Andrés de Tapia se allegó á él y le ayudó á levantar, y le abrazó, y lo mismo hicieron los otros españoles. Él dijo á los tres indios que le siguiesen, y vino con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde Cortés estaba; el cual le recibió muy bien, y le hizo vestir luego y dar lo que hubo menester; y con placer de tenerle en su poder, le preguntó su desdicha y cómo se llamaba. Él respondió alegremente delante de todos: «Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar, y soy de Écija, y perdíme de esta manera: Que estando en la guerra del Darién, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y Vasco Núñez Balboa, acompañé á Valdivia, que vino en una pequeña carabela á Santo Domingo, á dar cuenta de lo que allí pasaba al Almirante y Gobernador, y por gente y vitualla, y á traer

veinte mil ducados del rey, el año de 1511, y ya que llegamos á Jamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan, y con ruin aparejo de remos; y así anduvimos trece ó catorce días, y al cabo echónos la corriente, que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el sol á esta tierra, á una provincia que dicen Maia. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. Á Valdivia y otros cuatro sacrificó á sus ídolos un malvado cacique, á cuyo poder venimos, y después se los comió, haciendo fiesta y plato de ellos á otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponera á engordar para otro banquete y ofrenda; y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y echamos á huir por unos montes; y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquél, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó á morir. Después acá he yo estado con Taxmar, que le sucedió. Poco á poco se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancán, señor de Chetamal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitán de Nachancán, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcas. Yo le envié la carta de vuestra merced, y á rogar que se viniese, pues había tan buena coyuntura y aparejo. Mas él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos á fuer de aquella tierra y gente, ó por vicio de la mujer y amor de los hijos.» Gran temor y admiración puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comían y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habían pasado; pero daban gracias á Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y

por tenerle por faraute cierto y verdadero. Y certísimo les pareció milagro haber hecho agua la nao de Alvarado, para que con aquella necesidad tornasen á la isla, donde, sobreviniendo contrario viento, fuesen constreñidos á estar hasta que este Aguilar viniese; que sin duda él fué la lengua y medio para hablar, entender y tener cierta noticia de la tierra por do entró y fué Fernando Cortés. Y por tanto, he yo querido ser tan largo en contar de la manera que se hubo, como punto notable de esta historia. No dejaré de decir cómo enloqueció su madre de Jerónimo de Aguilar, cuando oyó que su hijo estaba cautivo en poder de gente que comían hombres; y siempre de allí adelante daba voces en viendo carne asada ó espetada, gritando: «¡Desventurada de mí! éste es mi hijo y mi bien.»

Cómo derribó Cortés los ídolos en Acuzamil

Luego á otro día que Aguilar fué venido, tornó Cortés á hablar á los acuzamilanos para informarse mejor de las cosas de la isla, pues serian bien entendidas con tan fiel intérprete; y para confirmarlos en la veneración de la cruz y apartarlos de la de los ídolos, considerando que aquel era el verdadero camino para más aina dejar la gentilidad y tornarse cristianos; y á la verdad, la guerra y la gente con armas es para quitar á estos indios los ídolos, los ritos bestiales y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida de hombres, que derechamente es contra Dios y natura; porque con esto más fácilmente y más presto y mejor reciben, oyen y creen á los predicadores, y toman el Evangelio y el bautismo de su propio grado y voluntad; en que consiste la cristiandad y la fe. Así que Jerónimo de Aguilar les predicó aconsejándoles su salvación; y con lo que les dijo, ó porque ya ellos habían comenzado, holgaron que les acabasen de derribar sus ídolos y dioses, y

aun ellos mismos ayudaron á ello, quebrando y desmenuzando lo que poco antes adoraban. Y de presto no dejaron ídolo sano ni en pie nuestros españoles, y en cada capilla y altar ponían una cruz ó la imagen de nuestra Señora, á quien todos aquellos isleños adoraban con gran devoción y oraciones, y ponían su incienso, y ofrecían codornices y maíz y frutas, y las otras cosas que solían traer al templo por ofrenda. Y tanta devoción tomaron con la imagen de nuestra Señora santa María, que salían después con ella á los navios españoles que tocaban en la isla, diciendo: «Cortés, Cortés», y cantando «María, María»; como hicieron á Alonso de Parada y á Pánfilo de Narváez y á Cristóbal de Olid cuando pasaron por allí. Y aun allende de esto, rogaron á Cortés que les dejase quien les enseñase cómo habían de creer y servir al Dios de los cristianos. Mas él no osó, de miedo no los matasen, y porque llevaba pocos clérigos y frailes; en lo cual no acertó, pues de tan buena gana lo querían y pedían.

Acuzamil, isla

Llaman los naturales Acuzamil, y corruptamente Cozumel. Juan de Grijalba, que fué el primer español que entró en ella, la nombró Santa Cruz, porque á 3 de Mayo la vió. Tiene hasta diez leguas en largo y tres en ancho, aunque hay quien diga más y quien diga menos. Está en veinte grados á esta parte de la Equinoccial, ó poco menos, y cinco ó seis leguas de la punta de las Mujeres. Tiene hasta dos mil hombres en tres lugares que hay. Las casas son de piedra y ladrillo, con la cubierta de paja ó rama, y aun alguna de lanchas de piedra. Los templos y torres de cal y canto, muy bien edificadas. Tiene poca agua, y aquella de pozos y llovediza. Calachuni es como decir cacique ó rey. Son morenos, andan desnudos. Si algún vestido traen, es

de algodón y para tapar lo vergonzo. Crian largo cabello, y tréznanselo muy bien sobre la frente. Son grandes pescadores; y así, el pescado es casi su principal manjar; bien que tienen mucho maíz para pan, y muchas frutas y buenas. Tienen también mucha miel, aunque agra un poco, y colmenares de á mil y más colmenas, algo chicas. No sabían alumbrarse con la cera. Mostráronse los nuestros, y quedaron espantados y contentos. Hay unos perros, rostro de raposo, que castran y ceban para comer; no ladran. Con pocos de ellos hacen casta las hembras. Como hay sierras, y en lo bajo montes y pastos, crianse muchos venados, puercos monteses, conejos y liebres, aunque pequeñas; de lo cual todo mataron en cantidad nuestros españoles con ballestas y escopetas, y con los perros y lebreles que llevaban; y sin la que comieron fresca, cecinaron y curaron al sol mucha carne. Retájanse, son idólatras, sacrifican niños, mas pocos, y muchas veces perros en su lugar. En lo demás, gente pobre es, pero caritativa y muy religiosa en aquella su falsa creencia.

La religión de Acuzamil

El templo es como torre cuadrada, ancha del pie y con gradas al derredor; derecha de medio arriba, y en lo alto hueca y cubierta de paja, con cuatro puertas ó ventanas con sus antepechos ó corredores. En aquel hueco que parece capilla, asientan ó pintan sus dioses. Tal era el que estaba á la marina, en el cual había un extraño ídolo y muy diverso de los demás, aunque ellos son muchos y muy diferentes. Era el bulto de aquel ídolo grande, hueco, hecho de barro y cocido, pegado á la pared con cal, á las espaldas de la cual había una como sacristía, donde estaba el servicio del templo, del ídolo y de sus ministros. Los sacerdotes tenían una puerta secreta y chica, hecha en la pared

en par del ídolo. Por allí entraba uno de ellos, investíase en el bulto, hablaba y respondía á los que venían en devoción y con demandas. Con este engaño creían los simples hombres cuanto su dios les decía; al cual honraban mucho más que á los otros, con sahumeros muy buenos, hechos como pibetes ó de copal, que es como incienso; con ofrendas de pan y frutas, con sacrificios de sangre de codornices y otras aves, y de perros, y aun á las veces de hombres. Á causa de este oráculo é ídolo, venían á esta isla de Acuzamil muchos peregrinos y gente devota y agorera, de lejos tierras, y por eso había tantos templos y capillas. Al pie de aquella misma torre estaba un cercado de piedra y cal, muy bien lucido y almenado, en medio del cual había una cruz de cal tan alta como diez palmos, á la cual tenían y adoraban por dios de la lluvia, porque cuando no llovía y había falta de agua, iban á ella en procesión y muy devotos; ofrecíanle codornices sacrificadas por aplacarle la ira y enojo que con ellos tenía ó mostraba tener, con la sangre de aquella simple avecica. Quemaban también cierta resina á manera de incienso, y rociábanla con agua. Tras esto tenían por cierto que luego llovía. Tal era la religión de estos acuzamilanos, y no se pudo saber dónde ni cómo tomaron devoción con aquel dios de cruz; porque no hay rastro ni señal en aquella isla, ni aun en otra ninguna parte de Indias, que se haya en ella predicado el Evangelio, como más largamente se dirá en otro lugar, hasta nuestros tiempos y nuestros españoles. Estos de Acuzamil acataron mucho de allí adelante la cruz, como quien estaba hecho á tal señal.

Del pez tiburón

Mes y medio gastó Cortés en lo que tenemos dicho hasta ahora, después que dejó á Cuba. Partiése Cortés de esta isla, dejando á los naturales de ella muy amigos de espa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

267

ñoles; y tomando mucha cera y miel que le dieron, pasó á Yucatán, y fué pegado á tierra para buscar el navío que le faltaba, y cuando llegó á la punta de las Mujeres calmó el tiempo, y estúvose allí dos días esperando viento; en los cuales tomaron sal, que hay allí muchas salinas, y un tiburón con anzuelo y lazos. No le pudieron subir al navío porque daba mucho lado, que era chico y el pez muy grande. Desde el batel le mataron en el agua y le hicieron pedazos, y así le metieron dentro en el batel, y de allí en el navío, con los aparejos de guindar. Halláronle dentro más de quinientas raciones de tocino, en que, á lo que dicen, había diez tocinos que estaban á desalar colgados al rededor de los navíos; y como el tiburón es tragón, que por eso algunos le llaman ligurón, y como halló aquel aparejo, pudo engullir á su placer. También se halló dentro de su buche un plato de estaño que cayó de la nao de Pedro de Alvarado, y tres zapatos desechados, y más un queso. Eso afirman de aquel tiburón; y cierto él traga tan desafortadamente, que parece increíble; porque yo he oído jurar á Dios á personas de bien, que han visto muchas veces estos tiburones muertos y abiertos, que se han hallado dentro de ellos cosas, que si no las vieran, las tuvieran por imposibles: como decir que un tiburón se traga uno, y dos, y más pellejos de carneros con la cabeza y cuernos enteros, como los arrojan á la mar, por no pelarlos. Es el tiburón un pez largo y gordo, y alguno de ocho palmos de cinta y de doce pies en luengo. Muchos de ellos tienen dos órdenes de dientes, una junto á otra, que parecen sierra ó almenas; la boca es á proporción del cuerpo, el buche disforme de grande. Tiene el cuero como tolo. El macho tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no más de uno, la cual pare de una vez veinte y treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete á una vaca y á un caballo cuando paze ó bebe á orillas de los ríos, y se come un hombre, como quiso hacer uno al calachuni de Acuzamil, que le cortó los dedos de un pie cuando no lo

pudo llevar entero, como le socorrieron. Es tan goloso, que se va tras una nao, por comer lo que de ella echan y cae, quinientas y aun mil leguas; y es tan ligero, que anda más que ella aunque lleve más próspero tiempo, y dicen que tres tanto más, porque al mayor correr de la nave le da él dos y tres vueltas alrededor, y tan somero, que se parece y ve cómo lo anda. No es muy bueno de comer por ser duro y desabrido, aunque abastece mucho un navío hecho tasajos en sal ó al aire. Cuentan aquellos de la armada de Cortés que comieron del tocino que sacaron al tiburón del cuerpo, que sabía mejor que lo otro, y que muchos conocieron sus raciones por las ataduras y cuerdas.

Que la mar crece mucho en Campeche, no creciendo por allí
cerca

Con el buen tiempo que hizo luego se partió de allí la flota en busca del navío perdido, y hacía Cortés entrar con los bergantines y barcas de naos en los ríos y calas á buscarlo, y aun estando en par de Campeche surtos los navíos en la playa, atendiendo los bergantines y barcos que andaban entre ciertas caletas á descubrir el que faltaba, áína se quedarán en seco, aunque estaban casi una legua dentro en mar: tanta es la menguante y creciente que hace allí. No crece sino allí la mar, del Labrador á Paria; nadie sabe la causa de ello, aunque dan muchas, pero ninguna satisface; y dicen que si no fuera por esto, que saltaran en tierra á vengar á Francisco Hernández de Córdoba del daño que allí recibió. Navegando pues apegados siempre á tierra, emparejaron con una gran cala que ahora llaman Puerto-Escendido, en la cual se hacen algunas isletas, y en una de ellas estaba el navío que buscaban. Cortés y todos holgaron infinito de hallarle sano, y á toda la gente salva y

buena, y otro tanto hicieron ellos por ser hallados; que tenían temor de sí por estar solos y no bien proveídos, y que la flota no fuese perdida ó adelante pasada; y sin duda no se hubieran podido sufrir allí de hambre tanto tiempo, sino fuera por una lebrela; mas como ella los proveía, y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron el capitán, y aun con harto miedo no le hubiese acontecido alguna como á Grijalba ó á Francisco Hernández de Córdoba. Como surgieron todos allí donde aquel navío estaba, y se holgaron unos con otros, como era razón, preguntados de qué tenían por las jarcias tantos pellejos de liebres y conejos y de venados, dijeron cómo luego que allí llegaron vieran andar por la costa un perro ladrando y escarbando de cara al navío, y que el capitán y otros salieron en tierra y hallaron una lebrela de buen talle que se vino para ellos. Halagólos con la cola saltando de uno en otro con las manos, y luego fuése al monte que estaba cerca, y dende á poco volvió cargada de liebres y conejos. El otro día de adelante hizo lo mismo, y así conocieron que había mucha caza por aquella tierra, y comenzaron á irse tras ella con no sé cuántas ballestas que venían en el navío, y diéronse tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habían mantenido de carne fresca los días que allí habían estado, aunque era cuaresma, pero que se habían también bastecido de cecina de venados y conejos para largos días, y en memoria de aquello pegaban por la jarcia las pellejas de los conejos y liebres, y tendían al sol los cueros de los ciervos para secarlos. No supieron si la lebrela fué de Córdoba ó de Grijalba.

Combate y toma de Potonchán

No se detuvo allí la flota; antes se partió luego, y muy alegres todos en haber hallado los que tenían por perdidos,

y sin parar, fueron hasta el río de Grijalba, que en aquella lengua se dice Tabasco. No entraron dentro, porque pareció ser la barra muy baja para los navíos mayores; y así, echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navíos y gente muchos indios, y algunos con armas y plumajes, que á lo que desde la mar parecía, eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalba entró por aquel mismo río. Á Cortés le pareció bien la manera de aquella gente y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navíos grandes, metió la demás gente española en los bergantines y bates que venían por popa de las naos, y ciertas piezas de artillería, y entróse con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande. Á poco más de media legua que subían por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobes y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared y almenas, y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron á ellos muchos barquillos, que allí llaman *tahucup*, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles los recibiesen bien, pues no venían á hacerles mal, sino á tomar agua dulce y á compra de comer, como hombres que andando por la mar, tenían necesidad de ello; por tanto que se lo diesen, que ellos se lo pagarían muy cortésmente. Los de las barquillas dijeron que irían con aquel mensaje al pueblo y les traerían respuesta y comida. Fueron, tornaron luego y trajeron en cinco ó seis barquillos, pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir que aquella era muy poca provisión para la necesidad grande que traían y para tantas personas como venían en aquellos grandes bajeles, que ellos aún no habían visto, por estar cerrados, y que les rogaba mucho le trajesen harto, ó le consintiesen entrar